

Las Funciones Sociales de la Iniciación Tribal

*Por EGON SCHADEN, de la
Universidad de São Paulo, Brasil.
Colaboración especial para la Re-
vista Mexicana de Sociología. Tra-
ducción del Lic. Carlos H. Alba.*

LA iniciación de los adolescentes es una de las instituciones primitivas más discutidas, desde diferentes puntos de vista, por los estudiosos de varias disciplinas científicas. Los etnólogos procuran conocer su forma, su significado y sus funciones en la vida del grupo investigando al mismo tiempo su ligazón con otros sectores de la cultura. Los psicólogos, a su vez, quieren descubrir lo que los ritos de la iniciación representan para el individuo, cómo influyen en su comportamiento y cómo se reflejan en la formación de la personalidad. Para los sociólogos interesados en los problemas educacionales, cumple investigar de qué modo esos ritos preparan a los jóvenes para las nuevas tareas y funciones y cómo revelan el origen de la escuela, esto es, de la educación y de la instrucción institucionalizadas.

La estratificación social reposa, frecuentemente, sobre una división de la tribu en capas por edades. El número de capas puede variar de tres (adolescentes, adultos, viejos) a seis, siete o más. Los *adamaneses* meridionales distinguen veintitrés períodos en la vida del hombre y otros tantos en la de la mujer. A veces las divisiones no son muy claras y en otros casos están bien definidas.

Además de la edad y del correspondiente desenvolvimiento físico, hay también otros elementos que levantan fuertes barreras entre las capas. En relación con los ideales de la vida y con los centros de interés propios de cada edad (juegos, amor, guerra, etc.) se establecen notables diferencias de participación cultural. En la vida económica de la tribu las diferentes

capas por edad tienen un valor determinado, según la diversa capacidad de trabajo y de producción. Análogas diferencias existen en los papeles que desempeñan en las actividades religiosas, en la manera por la cual contribuyen a la seguridad de la tribu (como soldados, como miembros del consejo de guerra, como peritos en el empleo de recursos mágicos, etc.), en el grado en que participan del poder político, ejerciendo la autoridad, y así sucesivamente. Por último, el ámbito de relaciones personales y la posición del individuo dentro de la familia dependen de la capa de la edad a que ese individuo pertenece.

Todo esto resulta de diferencias de *status*, esto es, de diferencias de posición según el grado de prestigio correspondiente a cada una de las capas. No es raro que una de éstas ejerza un dominio más o menos tiránico sobre las demás. Así como, por ejemplo, en las sociedades *gerontocráticas* el poder se concentra en las manos de los ancianos que disfrutan, al mismo tiempo, de mayor prestigio.

Para trasponer las barreras que separan las capas por edades, puede o no haber ritos de paso. Los más frecuentes y al mismo tiempo más importantes, son los que median entre la categoría de los adolescentes y la de los adultos. Son las llamadas ceremonias de iniciación; ora se limitan a uno de los sexos, ora son obligatorias para todos los individuos, tanto masculinos como femeninos, que pasan de la infancia o adolescencia a la edad adulta. En la mayoría de las culturas la función primordial de la iniciación, así como la de cualesquiera ritos de paso, es la de conferir al candidato el nuevo *status*. Concomitantemente tiene o puede tener, además de eso, como ya veremos, la finalidad de proveer al individuo de los necesarios requisitos biológicos y culturales ligados al *status* que pasa a ocupar en la comunidad. En ciertas culturas es difícil decir si las ceremonias de iniciación tribal son realmente ritos de paso a la edad adulta, o si constituyen simples conmemoraciones de la llegada de la madurez sexual.

Como ya fué recordado por Ralph Linton, en cuyo excelente ensayo "Age and Sex Categories" (*American Sociological Review*, Vol. VII, pp. 589-603, 1942) también se basa parte de este artículo, se resumen en tres las actitudes que la sociedad puede tomar respecto de la adolescencia. En primer lugar, puede ignorar esta edad prolongando la infancia; en este caso la principal iniciación acostumbra ser el matrimonio, por medio del cual el individuo es aceptado en la capa de los adultos. Otras sociedades ignoran la adolescencia anticipando la madurez; esta actitud lleva naturalmente a la precocidad del matrimonio, de la vida económica y de los dere-

chos y deberes ligados al *status* del adulto. En tercer lugar están las sociedades que conocen la adolescencia como fase distinta, y así poseen una capa de edad intermedia entre los niños y los adultos; además de esto no se debe olvidar que la misma sociedad puede encarar de modo diverso la adolescencia de los jóvenes y las mozas.

El reconocimiento social de un período correspondiente a la pubertad, condiciona muchas veces la elaboración de un conjunto de ceremonias de iniciación. No se debe confundir las dos cosas. La iniciación puede constituir un simple rito de paso del *status* del adolescente al del adulto, sin que se admita un período de transición. Las sociedades que lo reconocen acostumbran dividir los ritos de iniciación en dos o más fases que marcan, primero, el ingreso a la pubertad, y después, el paso al grupo de los adultos.

Es muy difícil señalar un conjunto de elementos esenciales y constantes que permitan una caracterización general de las ceremonias de iniciación tribal. En lugar de una tentativa en este sentido, que encerraría naturalmente el peligro de generalizaciones ilegítimas, parece preferible, por el contrario, insistir en la escala de variaciones a que esos ritos están sujetos en las diferentes culturas.

¿Cómo se explica el hecho de que haya sociedades que no conocen las ceremonias de iniciación al lado de otras que las realizan con mayor o menor énfasis? ¿Por qué estas ceremonias se limitan ya a los jóvenes, ya a las niñas, al paso que en cierto número de tribus son realizadas respecto de los adolescentes de ambos sexos? Estas y muchas otras preguntas demuestran que la generalización, en la medida correcta, podrá ser emprendida solamente después de un número suficiente de estudios particulares sobre la manera por la cual determinadas formas de iniciación se integran en la configuración cultural correspondiente.

Mientras que para el sexo femenino la edad o época de manifestación de la iniciación tribal es casi siempre determinada por un momento fisiológico, para el sexo masculino la variación es mayor. Para los niños y las niñas la duración puede ser de uno o varios días, semanas, meses y hasta años. En cuanto al énfasis, a la forma, a los significados y a las funciones, las ceremonias están sujetas a una diferenciación verdaderamente impresionante.

De un modo general, la función preponderante de la iniciación tribal es la de conferir al candidato el *status* de verdadero miembro de la comunidad, que coincide con la posición del adulto en la estructura social. El cambio de *status* implica una redefinición de la personalidad del individuo,

tanto de parte de los compañeros de tribu como de él mismo. La expresión simbólica de este proceso se acostumbra dar por medio de un ritual de muerte y resurrección o por ceremonias de renominación. Además de la adopción de las nuevas obligaciones y de los nuevos derechos, hay una transformación más o menos radical de las relaciones sociales del individuo. El núcleo de las relaciones del candidato deja de situarse en el interior de la familia en que nació, para asumir un contorno tribal. En resumen: la iniciación tribal transfiere al niño de la familia a la tribu, haciéndolo participar directamente de las actividades y preocupaciones de una comunidad más amplia.

En las tribus en que representa el punto culminante de la educación moral, la iniciación tiende a infundir en el candidato, de una vez por todas, las reglas y los preceptos básicos del código de ética aceptado por la comunidad. Este aspecto de los ritos se presenta, en su forma más simple, como una clase de buen comportamiento, que expresa las principales expectativas del grupo ante el individuo adulto. Esta clase es suministrada generalmente por un anciano o grupo de ancianos. Un indio *guaraní* del litoral del Estado de São Paulo, me dictó las siguientes recomendaciones que se dan a los jóvenes de su tribu en ocasión de una gran fiesta de danzas religiosas: "Trabajar bastante, sembrar bien, no hacer mal a nadie, no ofender a la familia de los otros, no maltratar a ninguno, comportarse bien en los viajes (esto es, no beber mucho aguardiente), hacer eficaces trabajos de limpieza de las tierras, no maltratar a la mujer durante el matrimonio." Mi informante, Karaí, me dijo que a esto llaman "dar educación a los niños". Es probable que entre los *guaraní* esa educación sea muy informal y se ligue sólo incidentalmente a las ceremonias; por esto tal vez no se debe hablar, en este caso, de iniciación tribal propiamente dicha. Por otra parte, otros pueblos primitivos acentúan de tal modo el aspecto educacional de la iniciación, que dichas prácticas hasta sugieren con frecuencia, profundas analogías con nuestras instituciones escolares.

Parece ser cierto que a las torturas que muchas veces constituyen la parte más importante de los ritos —o por lo menos, su aspecto más dramático— no se ligaba primitivamente la idea de la educación moral. Es evidente que esas prácticas no pueden dejar de tener una repercusión profunda en la formación de la personalidad. Pero en cuanto a la finalidad, por lo menos en el origen, deben ser encaradas, antes que nada, como ritos de fertilidad o como expedientes mágicos para el desenvolvimiento de fuerzas o poderes especiales que se consideran de excepcional importancia para

situaciones o tareas que el individuo adulto deberá desarrollar satisfactoriamente.

Es sabido que las prácticas de flagelación se ligaban originalmente a mitos vegetales. En muchos casos es evidente la ritualización del mito o su expresión simbólica, tanto en la flagelación como en otras torturas o mutilaciones infligidas a los adolescentes. En los azotes el intento mágico-simbólico muchas veces está en estrecha relación con la labranza y la fructificación de las plantas en general. En las tribus que reconocen una identidad entre las fuerzas fructificadoras de toda la naturaleza y las facultades generatrices del hombre, la flagelación de los niños es el recurso mágico indicado para dotarlos de la capacidad de reproducción sexual. Como en casos semejantes aquí prevalece la noción vulgar de que el dolor físico tiene extraordinaria eficiencia mágica, sobre todo cuando se trata de desenvolver determinadas fuerzas o facultades personales.

Pero al lado de este intento mágico de los azotes y otras prácticas de mortificación, adquirirán de manera secundaria, la significación de pruebas de resistencia y de madurez moral. Tienen, así, una función de selectividad y al mismo tiempo educativa. El candidato que no pueda soportar el dolor con altivez y estoica resolución no será aceptado en la categoría de los adultos. En ciertas tribus es eliminado como indigno o incapaz, en otras es ridiculizado para toda la vida como "mujer" o adolescente, y en otras más se le da la oportunidad de un examen de segunda época. Las tortura muchas veces indescriptibles a las que muchos candidatos no sobreviven, se convierten así en la forma más drástica de la educación moral. Es necesario "quebrar al niño", sacarle el espíritu infantil e inculcarle la mentalidad del adulto, del hombre serio, capaz de asumir una actitud firme y resignada ante las contrariedades y de revelar fuerte ánimo en los sufrimientos. Y no hay duda de que los ritos son eficientes en este sentido. Los etnógrafos que tuvieron la oportunidad de concurrir a ellos, insisten en la transformación fundamental ocurrida en el carácter de los jóvenes, que asumen un aire de gravedad, prudencia y circunspección. Pero no se debe olvidar que la mentalidad primitiva atribuye también dicha transformación, de manera esencial, a los efectos mágicos del ritual. Es por la vía mágica que se provee a los candidatos, de las cualidades morales peculiares de las personas adultas.

Las ceremonias de iniciación asumen muchas veces el preponderante carácter de educación profesional. En primer lugar se confiere a los adolescentes una serie de poderes mágicos que, en lo futuro, deberán emplearse

constantemente en la caza, en la pesca y en otras actividades de carácter económico. Pero no es raro que también se recurra, al mismo tiempo, a la enseñanza de técnicas y habilidades, como hilar algodón, tejer redes, fabricar vasijas de barro, cocinar, preparar bebidas fermentadas, etc. En ocasión de su primer ciclo menstrual, la niña *guaraní* es sometida al “resguardo”, debiendo quedar durante varios días o semanas en una celda cerrada, en el interior de un rancho, para no ser víctima de un encantamiento sexual; durante todo este tiempo la madre le da una instrucción sistemática sobre los conocimientos que necesitará en el futuro como esposa y madre de familia.

Como la adolescencia coincide con la maduración de las funciones reproductivas, es comprensible que el ritual se presente, de preferencia, como una preparación para la vida sexual. Ciertas tribus admiten un período más o menos largo de promiscuidad de los adolescentes, que se puede interpretar como una especie de iniciación sexual. Son muy conocidas las varias formas de mutilación sexual, de naturaleza mágica, que tiene la finalidad de favorecer la capacidad reproductiva. Por el contrario, otras veces son sólo de carácter higiénico, como en el caso de la unión artificial de los labios de la vagina, que obligan a un período de abstinencia sexual en la pubertad. Puede haber también simples medidas de defensa contra los peligros sobrenaturales ligados a la madurez sexual.

El núcleo central de las ceremonias puede estar formado también por la instrucción mítica y religiosa. Es lo que se observa en las tribus en que el ritual equivale a la iniciación de los jóvenes en los misterios religiosos guardados por las sociedades secretas masculinas. Un ejemplo célebre es el de los *Kurnai* de Australia sur-oriental. Los hombres de la tribu veneran al avestruz como antepasado y como *totem* sexual. En la iniciación, los jóvenes participan de las danzas que los hacen entrar en un “sueño mágico”, del que despertarán como avestruces, esto es, como verdaderos miembros de la tribu. Sigue después la ceremonia principal, a la que las mujeres no pueden asistir. Con el rostro velado, los jóvenes esperan la llegada del Avestruz Celeste; atónitos escuchan el ruido que hace al aproximarse; después les quitan la máscara, encontrándose con que delante de ellos están el jefe y otros hombres de la tribu, amenazando con la lanza a aquellos que pudieran cometer el crimen de revelar a las mujeres, niños y extraños, los secretos religiosos que el jefe transmite a los candidatos con voz pausada y grave. Oyen la historia mitológica del Avestruz Celeste, y ven por primera vez a los *berra-bois* o zumbadores sagrados, que conservan

la voz de *Tundum* (hijo del Avestruz Celeste) y de su mujer *Rukut* de quien desciende la humanidad toda. Una clase solemne de instrucción moral es lo que encierran las ceremonias.

Creo que los aspectos y las funciones de la iniciación tribal, aquí esbozados, son suficientes para hacer evidente no sólo la importancia social de esos ritos, sino también el papel que pueden tener en la formación de la personalidad. No obstante, es preciso reconocer que estamos lejos de poder presentar interpretaciones satisfactorias de los fenómenos psicológicos y educacionales a ellos ligados.

Para esto, será indispensable hacer estudios comparativos sobre la adolescencia, entre las culturas tribales de diferentes partes del mundo.

Hemos visto que desde el punto de vista antro-po-sociológico, la iniciación tribal se adapta a los procesos de transmisión cultural. Las ceremonias y observaciones que la integran pueden constituir el punto culminante de la socialización de los adolescentes. Esta se hace entonces consciente y dirigida. En la medida en que sirve para comunicar a la nueva generación una parte del patrimonio de experiencias y conocimientos legados por las generaciones de los antepasados, la iniciación de los adolescentes desempeña, pues, una relevante función como garantía de la continuidad cultural. Así, la transmisión ritual de costumbres y tradiciones del grupo, fortalecen no solamente el sentimiento comunitario de los iniciados, sino que es al mismo tiempo un medio de defensa contra las innovaciones desintegradoras.